



ACTO SEGUNDO

La acción se desarrolla en una hermosa posesión campestre, propiedad de don Luis Acuña, á quien también pertenece el castillo contiguo. Esta finca se halla abierta para que paseen los agüistas de un balneario inmediato, que es del mismo dueño. Entro de tales indicaciones el Director pondrá la escena como mejor le parezca, á condición de que resulte un lugar pintoresco.

ESCENA PRIMERA

MARÍA LUISA y RICARDO. Ella, sentada en un banco rústico, hojea una revista ilustrada. Ricardo Soler, ante un caballete, pinta un cuadro

MARÍA (Suspendiendo súbitamente la lectura.) Diga usted, Soler, ¿usted sabe si las Memorias del conde Mattasich están traducidas al francés?

RIC. (Dejando de pintar.) Querida María Luisa, me pone usted en un verdadero compromiso.

MARÍA ¿Por qué?

RIC. Duro es confesarlo, pero no tengo el honor de conocer á ese conde.

MARÍA Sí, hombre; el triste enamorado de la princesa Luisa.

RIC. ¿Pues no era Girón?

MARÍA Ese es el de Luisa de Sajonia. Mattasich es el de Luisa de Coburgo. ¡Ay! Somos muchas las Luisas desgraciadas. (Suspirando.)

RIC. ¡Feliz mortal el que recoja ese suspiro! (Volviendo á pintar.)

- MARÍA No lo eche usted á broma... ¡Me dan una lástima esas pobres princesas extranjeras! Siempre que leo lo que hacen con sus amantes, me pongo en su caso.
- RIC. ¿Y qué hacen con esos señores?
- MARÍA Perseguirles todos los gobiernos, como si fuesen fieras, por el único delito de constituirse en nobles paladines de la belleza infortunada.
- RIC. Sí; realmente eso de nacer princesa debe de ser para que la compadezcan á una. Además, en lo de que tengan amigos y viajen con ellos yo no veo nada malo, como no sea para el príncipe. Pero no se desespere usted, porque puede que todas esas narraciones conmovedoras, no pasen de invención de cuatro desocupados.
- MARÍA ¿Cómo invención? ¿No ve usted lo que dicen todos los periódicos?
- RIC. ¡Ah, entonces!... ¡Si los periódicos lo dicen!
- MARÍA ¡Y todavía, si el marido, ofendido con más ó menos razón, se vengase directamente en ellas, pase! Pero, no, señor; han de ir á ensañarse con sus amantes para que las pobrecitas sufran más, y no matándoles valerosamente en duelo, sino persiguiéndoles del modo más taimado, acorralándoles, encarcelándoles, sometiéndoles á toda clase de vejaciones.
- RIC. Pero me concederá usted que esos ilustres cónyuges burlados algo habían de hacer.
- MARÍA Según. Muchas veces la falta de una mujer casada tiene disculpa.
- RIC. Para mí siempre.
- MARÍA ¡Claro! ¡Para usted!
- RIC. Yo hago lo que usted, me pongo en el caso del amante.
- MARÍA Es que hay maridos y maridos. Figúrese usted la mujer á quien casan con un hombre que no es, que no puede ser de su gusto. ¿No es colocarla junto al precipicio, por virtuosa que sea?
- RIC. Un ejemplo. Para murmurar bien hay que citar nombres.

- MARÍA ¿Opina usted que yo soy buena?
- RIC. ¡Ya lo creo que es usted buena!
- MARÍA Bien. Pues suponga usted que me casaran con un hombre viejo, antipático... Con don Luis Acuña, pongo por caso.
- RIC. ¡Hombre! No me parecería tanta desventura. Don Luis Acuña dicen que es millonario. Sería usted, entre otras cosas, dueña de ese castillo (señándolo.) y de esta posesión por donde se nos permite á los bañistas discutir libremente. Y cuando desde el próximo balneario viniéramos los agüistas— como ahora usted y yo—á pasear el agua y matar la mañana en estos jardines, la miraríamos pasar á usted con cierta envidia, diciendo para nuestro coleteo: ¡Ahí va la señora de Acuña! ¡La poderosa ca-tellana del castillo y huertana de esta huerta! Si podemos admirar la cascada, embarcarnos en el lago, aspirar el aroma de estos rosales, es porque ella con su magnanimidad nos lo permite. ¡Qué señora tan rica! ¡Qué excelente señora! Y usted nos vería con desdén olímpico. Es posible que ni siquiera se bajase á tendernos la mano y concedernos cinco minutos de conversación como don Luis Acuña.
- MARÍA ¿Y cree usted que con eso me bastaría para ser feliz? Yo tengo por fortuna otras aspiraciones. Usted no me conoce aún, querido Soler. Soy toda corazón.
- RIC. Nosotros dos, hermosa María Luisa, tenemos bastante confianza para que yo hable con entera libertad. No me fio mucho del sentimentalismo de las mujeres. Las que dicen *toda corazón*, quieren decir *toda matrimonio*.
- MARÍA Querido Soler, es usted un inconveniente.
- RIC. Al contrario, señora. Soy una ventaja. (Pausa. Ella sigue leyendo, él pintando.)
- MARÍA Diga usted, Soler. ¿Ha leído usted los versos de Gustavo que trae el *Blanco y Negro*? Ya pareció aquello.
- RIC. ¿Por qué lo dice usted?
- MARÍA

- RIC. ¿Es la primera vez que viene usted á estas aguas?
- MARÍA La primera, como usted.
- RIC. Oh, yo no vengo por mi gusto.
- MARÍA ¿Por qué entonces?
- RIC. Deberes de amistad. Por acompañar á Agustín Montero á quien parece que le sientan admirablemente.
- MARÍA Ahora sí, deje usted que pasen algunas temporadas.
- RIC. Pero quedamos en que usted ha debutado este año.
- MARÍA ¿Y qué?
- RIC. Que como Gustavo hace tres que no venía y anoche se presentó inopinadamente en el castillo...
- MARÍA ¡Cómo! ¿Será usted capaz de sospechar?
- RIC. ¿Que Gustavo y usted no se son indiferentes? No veo en ello mal alguno...
- MARÍA Sí; t dos ustedes son lo mismo... De seguro Gustavo le habrá contado á usted...
- RIC. ¡Qué disparate! El no me ha dicho palabra. Pero en que ustedes, jóvenes y libres, se profesen mutua simpatía no veo nada de particular. Harían una linda pareja. (Pausa breve.) ¡Ay! ¡Yo también voy teniendo ganas de casarme!
- MARÍA ¿Usted? (Con gran extrañeza, aproximándose á él.)
- RIC. Yo, sí... La soledad del campo convida á estas meditaciones sobre la compañía. Gustavo es el que me había parecido siempre un tanto refractario al matrimonio...
- MARÍA ¡Pues lo que es si quiere llegar hasta mí!...
- RIC. Lo creo. Como usted á su vez me hará también el honor de creer que tengo ganas de casarme. Son dos afirmaciones igualmente ciertas.
- MARÍA Pues, bien; á propósito de Gustavo. Lea usted, lea usted... Fíjese especialmente en las dos últimas estrofas.
- RIC. (Levantándose, cogiendo el periódico y leyendo.)
«¿A qué decirle á una mujer hermosa:
— ¡Sé mía! ¡Amame siempre! ¡Sé constante?—
Harto con dar su esencia hace una rosa.

- Al cantar hace un pájaro bastante.
¿A qué un amor donde hay tantos amores?
¡Mujer, no pongas á mi dicha tasa!
¡Sé tú como los pájaros y flores!
¡Dame tu aroma y tu canción... y pásala!»
- MARÍA ¿Eh? ¿Qué le parece á usted?
- RIC. Pues que Gustavo suele hacer versos bastante mejores.
- MARÍA No me refería al juicio literario. ¿No se le antojan á usted esos versos una impertinencia?
- RIC. ¿Pues?
- MARÍA No es usted el único en propalar que Gustavo y yo no nos somos indiferentes. ¡Hay hasta quienes nos calumnian! ¡Hay hasta quienes suponen que entre nosotros!...
- RIC. ¿Ha visto usted? ¡Si le digo que la gente es más mala!
- MARÍA Esos versos, aparte de ser detestables, me ponen en ridículo. ¿Qué cree usted que debo hacer?
- RIC. No me atrevo... Francamente, mi consejo sería algo brutal. En estos casos no hay más que un medio seguro, María Luisa.
- MARÍA ¿Cuál?
- RIC. La infidelidad.
- MARÍA ¡Soler!... Todos los hombres son ustedes iguales.
- RIC. Yo no, María Luisa. Yo no soy como él... Sólo que usted no me ha hecho el honor de fijarse.
- MARÍA ¿Eh? ¿Cómo?
- RIC. ¡Ni siquiera ha advertido usted lo que estaba pintando! (Vuelve el cuadro, que es un retrato de María Luisa.)
- MARÍA ¡Qué bonito, qué bonito! (Palmoteando y poniéndose luego muy seria.) ¡Ay, pero si no me parezco en nada absolutamente!
- RIC. Pues yo he puesto mis cinco sentidos.
- MARÍA ¡Qué lástima!
- RIC. Agradezca usted, por lo menos, una buena voluntad.
- MARÍA (Aparte.) ¡Y dice que quiere casarse! ¡Habrá que pensarlo!
- RIC. (Aparte.) ¡Lo que se reirá Gustavo cuando se lo cuentel (Quedan ambos contemplando el cuadro.)

ESCENA II

RICARDO, MARÍA LUISA, CLOTILDE, GUSTAVO, DON LUIS ACUÑA, UNA SEÑORA y UNA SEÑORITA. Don Luis Acuña es un viejo almirante é impertinente; viste de negro. La Señora, algo cursi; la Señorita, muy dengosa. Ambas de buen ver

GUST. (A Ricardo, pasando á su lado y dándole una palmada en el hombro.) ¡Hola, chico! (Saludos de cortesía. María Luisa besa á Clotilde y da la mano á los demás.)

LUIS (A Ricardo.) ¿Qué tal, gran pintor?

RIC. No, pintor, no. Aficionado nada más. No soy profesional. Pinto en los ratos de ocio, como el Kaiser.

LUIS Hombre, ¿qué tenía yo que decirle á usted? ¡Ah, sí!..., qué entusiasmado estaba usted ayer tarde cuando le saludé junto á la cascada., (La Señorita da muestras de impaciencia. María Luisa presta atención.) A ella no pude verle la cara... Pero estaban ustedes engolosinadillos, ¿eh?

MARÍA (A Ricardo.) ¿Conque esas teníamos?

RIC. (A Gustavo.) ¿Has visto qué tío más indiscreto?

GUST. (A Ricardo.) ¿Por qué?

RIC. (A Gustavo.) Porque era aquella señorita.

CLOT. (A María Luisa, viendo el retrato.) ¿Es tu retrato? (María Luisa sonríe. Todos menos Gustavo y Ricardo se aproximan.)

LUIS (A Ricardo.) ¡Hola! ¿También con nuestra amiga María Luisa? ¡Pero hombre! ¡Usted es un Sultán!

MARÍA ¡Don Luis! ¡Un Sultán precisamente!...

GUST. Un Sultán en el buen sentido de la palabra...

LUIS (A la Señora.) Conque, veamos; ¿qué le va á usted pareciendo esta posesión?

SEÑ. ¡Oh, todo esto es muy hermoso! (A la Señorita.) ¿Verdad, niña, que es muy hermoso?

SEÑ.^a Sí, mamá.

LUIS Pues ya verá usted luego la cascada. Es una copia exacta—naturalmente muy en peque-

ño,—de aquella otra tan célebre de los Estados Unidos... De la... de la... Soler... ¿Cómo se llama, hombre? Que lo tengo en la punta de la lengua...

RIC. (Aparte á Gustavo.) ¡Pero qué afán de dirigirse á mí! Tú, ¿cómo se llama?

GUST. (Aparte á Ricardo.) El Niágara.

RIC. (Ito.) El Niágara.

LUIS Eso. La cascada del Niágara.

SEÑ. De lo que nos han hablado mucho es del lago.

LUIS Ahora lo verán ustedes. ¿Les gustarán á ustedes las flores, verdad?

MARÍA ¡Ay, á quién no le encantan!

GUST. (A Ricardo.) Se llama á la parte.

LUIS (A Clotilde, que está hablando con la Señorita.) Oye, Clotildita. A mis Jenny, que confecciona los ramos con tanto arte, dile que haga el favor de preparar algunos para estas señoras y traerlos. Las acompañaremos hasta el camino del lago. (Clotilde medio mutis.)

SEÑ. ¡Por Dios, no se molesten ustedes... ¿Verdad, niña, que no?

SEÑ.^a No, mamá.

LUIS No faltaba más. (A Clotilde.) Ah, Clotilde... Dile también á Paco que vaya por una docena de cigarros y me los deje en el despacho.

CLOT. Tendrá usted que hacerme el favor de darme dinero, tío, porque se me ha acabado.

LUIS ¿Sí? pues mira, tampoco yo lo llevo encima. Gustavo que te dé dinero...

CLOT. No, deje usted. (Con contrariedad.)

LUIS Anda, mujer; yo se lo daré luego.

GUST. ¿No quiere usted ser deudora mía, Clotilde, siquiera por cinco minutos? (Acercándose á ella y en voz baja.) ¿Vas á hacerle hoy esa confesión á Agustín?

CLOT. No.

GUST. D. suerte que..

CLOT. No, y no. Díselo tú de una vez y déjame tranquila. (Vase izquierda. María Luisa y la Señorita han salido ya. Ricardo se dispone a recoger los bártulos de pintar.)

Luis. (A Ricardo.) A ver si convence usted á ese hombre de que se quede algunos días más. Llegó anoche y ya quiere marcharse. (Sale con la Señora.)

ESCENA III

GUSTAVO Y RICARDO

Ric. No sé cómo puedes vivir en su casa. No he visto en la vida otro ser tan absolutamente desprovisto del precioso don de la oportunidad.

Gust. Sí, sacándole de hacer dinero...

Ric. ¡Cuidado con el tío! A cada paso quiere decirle á uno un cumplido y le suelta algo desagradable. En menos de cinco minutos ha molestado á esa señorita que me presentaron ayer tarde, á María Luisa, á mí... Y por último, el apuro en que os ha puesto á tí y á Clotilde.

Gust. ¿Eh? ¿qué quieres decir?

Ric. Quiero decir que haces muy mal en ser tan reservón. Merecerías que me arrepintiera de advertirte el peligro que corres.

Gust. No te comprendo.

Ric. María Luisa conspira.

Gust. ¿Qué?

Ric. Y como tú me lo habías ocultado tan solapadamente...

Gust. ¿Te he negado yo alguna vez que estuviese en relaciones con María Luisa?

Ric. No; eso no. Ni era necesario. Ella misma no puso tampoco nunca gran interés en ocultarlo.

Gust. Por eso...

Ric. Pero nunca te merecí la confianza de referirme que habías tenido amores—aunque no de esa clase—con la linda sobrinita de don Luis Acuña.

Gust. ¿Eh? ¿Qué disparates estás ensartando?

Ric. Calma, calma, no te acalores. Me lo acaba

de decir María Luisa, á quien supongo bien enterada de tus asuntos por la cuenta que le tiene.

Gust. ¿Conque María Luisa te ha dicho?

Ric. Hace un momento; aquí mismo. Y, la verdad, eso es lo que me duele. Que hayas tenido confianza con una mujer y no la tengas conmigo. Pero es más. A Agustín tampoco se lo has dicho. Gustavo, en esto te has portado muy mal.

Gust. Pero si todo ello son figuraciones de María Luisa. Yo soy incapaz de portarme mal con nadie, y menos con un amigo, y menos con Agustín. Mis amores con Clotilde fueron un relámpago, un capricho, una tontuna, nada, cosas de chicos...

Ric. ¿Palabra de honor?

Gust. (Tras de un violento esfuerzo.) Palabra de honor. Créeme; no valía la pena de hablar á Agustín de esas niñerías.

Ric. Tienes razón. Su nerviosidad y su apasionamiento, convertirían quizás en montañas los granos de arena. Lo malo es que María Luisa...

Gust. No hay cuidado. María Luisa es ligera, es atropellada, es coquetísima, pero tiene muy buen corazón y siente por Agustín profundo respeto.

Ric. Sin embargo, no te fíes. Como decimos nosotros los flamencos, la tienes muy *acharada*. Y lo mismo que ha hablado conmigo...

Gust. En todo caso, el asunto no tiene importancia ninguna.

Ric. ¡Ah! oye. Apropósito de María Luisa. Te advierto que te he quitado la novia.

Gust. ¿Qué?

Ric. No ha caído todavía, pero está al caer... Sí, chico... ¿qué quieres? He pronunciado la palabra mágica. La he descubierto esta irresistible inclinación mía al matrimonio.

Gust. ¡Pero hombre!

Ric. Ya te he dicho que la tienes *acharada*, ¿qué digo, *acharada*? ¡Harta de tí! Me consta que está dispuesta á levantar el alquilar. Y, la

verdad, antes de que otro se la lleve me la llevo yo.

GUST. ¡Me gusta la franqueza!
RIC. Este es el mundo, chico. Lo que unos no quieren, otros lo desean. Voy a comenzar mi luna de miel. (Vase.)

GUST. ¡Adiós, loco! (Riendo)

ESCENA IV

GUSTAVO y CLOTILDE

CLOT. (Desde dentro.) Tres ramos, ¿eh? No corte usted más que tres ramos. (Al advertir la presencia de Gustavo, hace un gesto de contrariedad e intenta seguir su camino. Gustavo la detiene.)

GUST. ¡Clotilde!

CLOT. (Fingiendo sorpresa.) ¡Ah!... ¿Tú? (Con marcado disgusto.) ¿Me esperabas? Esto tiene todas las trazas de una celada.

GUST. ¡Qué quieres! El mundo está lleno de apariencias y engaños. Ahora mismo acabo yo de engañar a Ricardo Soler.

CLOT. (Tratando de seguir su camino.) Con tu permiso. Gustavo, te ruego que me escuches.

CLOT. Es inútil. Nosotros ya nada tenemos que tratar. (Con dulzura.) A no ser que hayas variado y consientas en no oponer obstáculos a mi matrimonio.

GUST. ¡Ojalá pudiera complacerte! ¡Pero tú misma ves que esto no es posible! La amistad constituye para mí un culto. (Pausa breve.) Sin embargo... Sé franca... ¿no has pensado muchas veces, casi constantemente, en la conversación que hace dos meses tuvimos en mi casa?

CLOT. Ya te dije cuanto te podía decir. (Medio mutis.)

GUST. Espera, espera... no seas conmigo tan esquiva. Entonces me suplicaste que te oyera, y te oí. Ahora te pido igual favor, y no puedes negármelo.

CLOT. Habla, pero termina pronto.

GUST. Oye. ¿Tú pensaste mucho en aquella conversación? ¿verdad que sí? No lo niegues. Se te lee en el gesto, en la mirada, en el ademán, hasta en el aire que devuelven tus pulmones. Pues yo he pensado en ello más que tú, ¡mucho más!

CLOT. Entonces...

GUST. Yo soy un hombre escéptico, un espíritu firme, un ser que toma la vida como es, una voluntad arrolladora que pone siempre su capricho por encima de todo. Soy un egoísta, si así quieres llamarme... Pero yo no soy un malvado. Te juro que no soy un malvado. Yo podré hacer daño como el automóvil que atropella, no como el bandido que está en acecho. Y siempre, claro es, afrontando todas las responsabilidades, todos los peligros.

CLOT. Ya lo sé.

GUST. Yo he pensado mucho en aquella conversación... Perdóname la indelicadeza de lo que voy a decirte, pero es necesario. Cuando mi fortuna ó tu desgracia te trajeron por primera y única vez a mis brazos, no me preocupé sino de recoger tu hermosura. En aquel momento creí que la Naturaleza entera se estremecía con mis entusiasmos. Los que parecemos más inmovibles somos a veces los más inocentes. Perdona mi inocencia. ¡Te lo juro! Yo no sospeché entonces todo el mal que te hacía. Adoré tu belleza...

CLOT. ¡Gustavo!

GUST. Pero no tuve la curiosidad de asomarme a los secretos tesoros de tu alma. Así es el amor y así es la vida. Decimos: «He poseído a esta mujer» ¡y no la conocemos! ¡Y luego la conocemos sin poseerla! Yo no te oculté mi aversión al matrimonio; por esto no me casé contigo. ¿Que era una obligación? ¿Pero es el amor cosa tan material que pueda regirse por obligaciones? Yo creo que una mujer, que un hombre, son libres de hacer todos los sacrificios menos el de su

personalidad, menos el de su propia vida. Yo expongo la mía cuando puedo perderla ó rescatarla, pero no cuando sé que seguramente la voy á perder.

CLOT. ¿Quieres no hablarme de eso? Entra directamente en lo que te propongas pedirme.

GUST. Bien, Clotilde, á eso voy. Después de muchas meditaciones he llegado á una solución que te impida la vergüenza de confesar á Agustín tu falta. Perdona, así la llama el mundo.

CLOT. Y esa solución...

GUST. No es necesario que tú se lo digas á Agustín. El es un caballero. El sabrá guardar un secreto, respetar una desventura. Yo estoy dispuesto á llamarle, si tú quieres, y decirle: Agustín, arranca ese amor de tu alma. Yo perdí á esta mujer, yo debo casarme con ella. ¿Qué gesto es ese tuyo? ¿Lo dudas? ¿Lo aceptas? (Clotilde calla. Aparece en escena Miss Jenny con tres ramos de flores, dos concluidos y uno sin terminar. Al ver juntos á Clotilde y Gustavo no puede reprimir una exclamación de sorpresa.)

JENNY ¡Ah! (Clotilde y Gustavo callan. Miss Jenny clava alternativamente en ellos sus impertinentes. Después se acerca á un rosal y corta algunas flores para completar el ramo.) Con permiso. (Vuelve á mirarlos con los impertinentes y sale.)

CLOT. ¿Te he entendido bien?

GUST. Sin duda. Supongo que me has comprendido. Mi natural repugnancia al matrimonio no implica en mí falta de corazón sino todo lo contrario. Yo sería capaz de unir mi suerte con la de una mujer, si esta unión fuese verdadera. Mi duda está en esto: «Los enlaces que bendice la religión, que la ley garantiza, que aprueba el mundo, ¿son realmente la conjunción de una mujer y un nombre? Una mirada, una frase trivial de la conversación, un relámpago perverso del pensamiento, ¿no constituyen también una tremenda infidelidad?» Yo necesitaría una mujer que fuera mía, siempre mía, toda

mía, que fuera mi reina precisamente por ser mi esclava, que no me ocultase ni la más leve brisa que moviese su espíritu. ¡Mía en fin! No como las mujeres lo son, sino como lo deberían ser. Entonces, sólo entonces, me entregaría yo á ella. Clotilde, ¿quieres tú ser esa mujer? Lo que no te ofrecí por obligación te lo ofrezco por gusto.

CLOT. ¿Pero qué clase de hombre eres tú? Pareces recto y estás lleno de sinuosidades. Pareces claro y á cada momento descubres una nueva sombra. ¿Qué idea has formado de mí? ¿Por qué me envileces hasta cuando tratas de enaltecerme? Tu tardía generosidad me infiere un nuevo agravio. Acaba, acaba de redondear tu pensamiento. Para tí valdría más el amigo que la mujer propia. ¡Eres capaz hasta de lo que juzgas el colmo de la abnegación, hasta de casarte conmigo, con tal de no haber engañado á Agustín! No creas que me enfado. No vale la pena de que me enfade. Has perdido á mis ojos el único mérito que te quedaba: el de la franqueza.

GUST. No, Clotilde, esas sospechas no son dignas de un alma coma la tuya. Te he hablado con entera sinceridad. ¡Te quiero! ¿No ves que llevo dos meses teniendo á todas horas que pensar en tí?

CLOT. ¿Entonces es al amigo á quien sacrificas? ¿Ves como la amistad vale menos que el amor? Pues bien, yo no le abandono. ¡Yo le quiero! ¡me casaré con él porque le quiero!

GUST. ¿Que tú?... ¿En seis meses?

CLOT. Y en seis minutos.. Cuando tú te apoderaste de mí, no sé como fué, tus palabras despertaron en mí desvarios extraños, alegrías perversas.. Cuando él me habló de amor era un aire tibio, apacible, perfumado, el que entró en mi alma. ¡Si he sido ya más suya que tuya! ¡Si á tí solo te entregué mi belleza y á él le he entregado mi corazón!

GUST. ¡Con qué pena te oigo! (Con calor.) No por mí;

por tí. Yo venceré este sentimiento; yo lo venzo todo. ¡Pero tú!... ¡Tú! ¡Pobre Clotilde! ¡Ahora, ahora sí que vas á ser desgraciada! Pues, ¿qué creías? ¿que yo buscaba una cosa tan mezquina, tan egoísta como el tener un editor de mi honra? No te bastó un ultraje á mi cuerpo y has concebido también una ofensa para mi alma. No es por egoísmo, es por amor; no es por orgullo mío, es por compasión de él, por lo que callo. ¡Ah, si no hubiera más que confesar!

CLOT. Y, sin embargo, es preciso. Esa confesión la tienes que hacer. No te ciegue la pasión; tú eres buena. Tú no puedes consentir que Agustín te acepte sin saber una de tus condiciones que, de saberla, no te aceptaría.

GUST. Y, sin embargo, es preciso. Esa confesión la tienes que hacer. No te ciegue la pasión; tú eres buena. Tú no puedes consentir que Agustín te acepte sin saber una de tus condiciones que, de saberla, no te aceptaría.

CLOT. (Viendo entrar á Agustín.) ¡Calla!

ESCENA V

D. CHOS, DON LUIS, MARÍA LUISA, AGUSTÍN y RICARDO

AGUS. (Avanzando hacia Clotilde.) ¿Qué? ¿Ya está aconsejándote que me des calabaza? Se ha cansado de predicar conmigo y ahora guarda los discursos para tí... Sin ver que también perderá lamentablemente el tiempo porque nosotros nos queremos demasiado para que podamos separarnos por nadie ni por nada.

GUST. Fíjate en que dices mucho: por nadie ni por nada.

AGUS. Y estoy dispuesto á repetirlo. Por nadie ni por nada. ¿Verdad, alma mía? (Gustavo se separa.)

CLOT. (A Agustín.) ¡Qué bueno eres conmigo, Agustín!

GUST. (A Clotilde.) No es bondad, es amor. (Todos menos Clotilde y Agustín forman grupo.)

LUIS (A Gustavo.) ¿Y qué dicen esos novios felices?

GUST. Que no serían capaces de separarse por nadie ni por nada.

RIC. Mucho decir es

LUIS Así se habla, Agustín. Cuando un hombre como usted ó como yo, dice: «No haré esto» ya puede jurarse que no lo hará.

GUST. Desengañese usted, don Luis. La vida es lo enigmático, lo imprevisto.

RIC. Ningún hombre puede decir: «Yo no haré esto».

MARÍA Porque luego es precisamente aquello lo que hace.

AGUS. Yo no pienso así.

LUIS Ni yo tampoco. Hay cosas que un hombre honrado puede de antemano afirmar. Un hombre honrado puede asegurar, por ejemplo, con la certeza de cumplirlo: No robaré una cartera, no descerrajaré una caja, no abriré una carta, no dejaré de batirme cuando me insulten, no faltaré á una palabra dada de matrimonio ó no me casaré con una mujer que haya sido de otro.

RIC. (Bajo á Gustavo.) ¡Ya se metió con María Luisa!

MARÍA Me parece que es usted muy exagerado, señor don Luis. Una mujer puede haber sido engañada y no deshonor á nadie el casarse con ella.

LUIS ¡Tururú! ¡Tururú!

GUST. Hablemos de otra cosa si á ustedes les parece. Ese es un problema muy complejo.

LUIS Pero es un tema inagotable. Voy, voy á contestar á María Luisa.

RIC. (A Gustavo.) ¡Sí, sí... cualquiera le hace variar de conversación!

LUIS ¿Que hombre de honor, querida María Luisa, se casaría con una mujer que tuviese una mancha en su reputación? (Clotilde y Agustín prestan atención.)

GUST. Sin embargo, yo opino...

LUIS No te molestes, Gustavo. Tu opinión ya la sé. Tú, ni con mancha ni sin ella.

MARÍA Pues yo repito que ese criterio de usted, don Luis, es de una crueldad injustísima.

LUIS Sí, sí. Con estas costumbres modernistas no diré que no. Yo á mis tiempos me atengo.

MARÍA (A Ricardo.) Y usted, Soler, ¿qué opina?

Ric. ¿Yo? Lo que usted quiera.

Luis Consultemos otro parecer femenino.

Gust. ¿Pero para qué? No vale la pena.

Luis Sí señor, sí señor. Tú, Clotildita, que eres casi una señora casada, y, por lo tanto, ya se puede hablar de estas cosas delante de tí. ¿Qué piensas tú de ello?

CLOT. Yo, tío, con su permiso, confieso que el hombre capaz de perdonar y de amparar á una mujer de quien otro abusó, no hallaría jamás en mí burla ó menosprecio. Me parecería un alma generosa. Tendría mi simpatía y mi admiración.

Luis ¡Hola, hola! ¿También mi sobrina?

Gust. Y a tí. Agustín, moralista integerrimo, ¿qué te parece? (Con intención.)

AGUS. No tengo que añadir una palabra á las que acaba de pronunciar Clotilde. (Emoción en Clotilde.)

Luis ¡Claro! ¿Qué va á decir él, sino lo que su novia? ¿De modo que para usted, amigos míos, una mujer puede andar de picos pardos, hoy con uno, mañana con otro, sin perder el derecho de ponerse el ramito de azahar y de recibir las bendiciones del cura?

CLOT. Perdone usted, tío, nadie ha dicho eso. Una cosa es la mujer con una falta en su historia y otra muy distinta la que haya corrido dos ó tres aventuras.

MARÍA Yo voy más lejos. ¡Aun así!...

Luis ¡Qué disparate!

Ric. (A María Luisa bajo.) María Luisa, por Dios, van á creer que tiene usted algo que ocultar.

MARÍA (A Ricardo.) No sea usted impertinente. (Alto.) Como fué seducida una vez puede serlo dos. La mujer está siempre indefensa contra las seducciones.

CLOT. En eso ya creo que nadie ha de apoyarte.

MARÍA Sobre que en amor todo es muy elástico... Pues qué, ¿por llegar una mujer incólume al matrimonio puede el marido tener la seguridad de que no querrá ó no habrá querido á otro?

Ric. Justo.

MARÍA Y el haber tenido otro novio no incapacita á una señorita para ir al altar.

Luis Sin embargo, también habrá señoritas que no hayan tenido más novio que su marido. Ahí tiene usted á Clotilde.

MARÍA ¡Ah! ¿Tú no tuviste nunca otro novio, Clotilde? Yo creía..

AGUS. Pues tenía usted noticias equivocadas. (A Clotilde.) Contesta, contesta.

CLOT. No tengo para qué dar explicaciones.

Ric. Señor Acuña, ¿por qué no discuten luego usted y María Luisa á solas? A nosotros no nos int resan esos problemas matrimoniales.

AGUS. No haga caso. (A Clotilde bajo.) Hablamos de lo que nos importa. ¿Me quieres mucho?

CLOT. ¿No lo sabes ya?

Luis (A María Luisa.) Nada, nada, mi dulce enemiga. Yo la convenceré á usted. Seguiremos nuestra discusión paseando. (Le da el brazo y y María Luisa acepta. Ricardo hace señas á Agustín para que se acerque á él.)

Ric. Hoy almorzaremos juntos, ¿verdad?

AGUS. Sí. También vendrá Gustavo.

Gust. (Acercándose á Clotilde.) Y ahora que ya sabes como piensa, ¿se lo confesarás?

CLOT. (Bajo y con tono resuelto después de un momento de vacilación.) Sí. (María Luisa y don Luis salen de escena. Ricardo y Agustín se disponen á seguirles.)

AGUS. (A Gustavo.) No olvides que hoy almuerzas conmigo.

Gust. No lo olvido. Voy antes un momento á casa. En seguida vuelvo. (Vase.)

ESCENA VI

AGUSTÍN, CLOTILDE

AGUS. ¿Estás triste, Clotilde?

CLOT. Estoy triste, Agustín.

AGUS. ¿Pues qué te falta? ¿No vamos á ser pronto dichosos? ¿No estás segura de mi cariño? ¿He podido disgustarte en algo?

CLOT. No, Agustín, tú eres muy bueno. No te debo más que gratitud.

AGUS. ¡Gratitud! ¡Qué palabra tan feal! ¡Amor! ¡Esta sí que es una hermosa palabra! ¡Qué eufonía, qué dulzura, qué rotundidad en esas cuatro letras! ¡Amor! ¡Cuatro letras bastan para encerrar todo el secreto de la felicidad!

CLOT. Agustín, antes de que te resuelvas á unir para siempre tu suerte con la mía, necesito darte una explicación.

AGUS. ¡Ah, ya! (Con tristeza.) ¿Te refieres á lo que acaba de insinuar María Luisa?

CLOT. No sabes tú lo violento, lo doloroso que es para mí..

AGUS. Si te causa violencia, no debes decírmelo. ¿Qué importa lo pasado? Yo tengo en tí plena confianza.

CLOT. ¿Tú serías capaz de perdonarme?

AGUS. (Interrumpiéndola.) ¿Yo? ¡Todo!

CLOT. ¿Podr? (Con alegría.)

AGUS. ¡Todo! ¿Que has tenido otro novio? Hiciste mal en no decírmelo antes. Te confieso que la noticia es para mí una puñalada. Pero no importa. No nos conocíamos. De habernos conocido, no dudo que no habría pasado por tu imaginación la idea de que otro pudiera quererte como yo te quiero.

CLOT. Agustín, lo que voy á decirte es más grave.

AGUS. ¿Más grave?

CLOT. Más grave. Pero necesito descargar mi conciencia. No he tenido un novio.

AGUS. (Ansioso, sospechando la verdad.) ¡Clotilde!

CLOT. (Emocionadísima, con voz alterada y bajando los ojos.) He tenido un amante.

AGUS. ¿Qué?... (Retrocede, se le inyectan los ojos en sangre, quiere hablar y no puede.)

CLOT. (Acercándose á él y tratando de echarle las manos al cuello.) ¡Agustín!

AGUS. (Automáticamente.) ¡Déjame! ¡Déjame!

CLOT. (Insistiendo, casi cayendo de rodillas.) Agustín!

AGUS. (Levantándola rápidamente.) ¡Levántate! ¡Pueden verte! Si te ven, ¡qué vergüenza! (Clotilde se aleja y permanece avergonzada. Pausa. Acercándose brutalmente.) ¡Su nombre!... ¡su nombre!

CLOT. Vas á sufrir mucho, Agustín.

AGUS. ¿Puedo sufrir ya más?

CLOT. ¿Lo quieres?

AGUS. (Con gran violencia.) ¡Lo mando!

CLOT. Pues bien.. Fué Gustavo.

AGUS. (Con voz sorda.) ¡Gustavo! (Pasea furioso por la escena, repitiendo:) ¡Gustavo! ¡Gustavo! (Se detiene y se deja caer contra un banco, escondiendo la cara entre los brazos.)

CLOT. ¡Por Dios, Agustín! Pueden verte. ¡Qué vergüenza si te vieran llorar!

AGUS. ¡Mundo pequeño! ¡Mundo traidor! ¡Mundo miserable! ¡La bondad es mentira! ¡La amistad, mentira! ¡La felicidad, mentira! ¡Todo, todo es falso! Yo fui para él siempre como un hermano. Yo no tenía secretos para él. Yo admiré su talento. Yo le hice todo género de favores. Yo le serví con inquebrantable lealtad. Yo le ayudé á subir. Yo le quise más que á mi propia familia. ¡Y ese hombre, precisamente ese hombre, es el que hace imposible que yo me case con la mujer que adoro!

CLOT. (Bruscamente, sorprendida, como recibiendo un escopetazo.) ¿Cómo? (Entra Gustavo)

GUST. ¿Le ha entendido bien, Agustín?

ESCENA VII

DICHOS y GUSTAVO

GUST. Sí, Clotilde. Le has entendido bien.

AGUS. (Lanzándose sobre él y zarandeándole por la solapa.) ¡Embustero! ¡Miserable! ¡Canalla! (Clotilde se interpone)

GUST. Déjale. Nada temas. No he de hacerle daño. (Le cuesta grandísimo trabajo dominarse, pero se sobrepone á todo.) Soy más fuerte que tú, Agustín; bien lo sabes. Resistirme á tí me costaría poco. Pero no puedo borrar todos los recuerdos en un momento.

AGUS. (Indignado.) ¿Tú?

GUST. Sí, yo. Con ese verdadero afecto que sienten

- los fuertes por los débiles; con ese cariño protector que defiende y ampara sin pedir otra recompensa que un poco de ternura.
- AGUS. (Violento.) Acaba.
- GUST. De nada culpes á esta pobre mujer. Fui yo. Mejor dicho, fué el placer, el egoismo, la belleza, la juventud... Hace tres años.
- AGUS. Sí, hace tres años. Pero me lo ocultábais. ¿Por qué me lo ocultábais? ¿Por qué gozábais con retardarme el saberlo? ¿Para que fuera mayor y más profundo el desengaño? ¿Acaso con la esperanza de renovar el crimen?
- CLOT. (Energica.) Agustín, yo he sido franca contigo. No tienes derecho á insultarme.
- AGUS. (Con profunda amargura.) Y en esto cibraba yo toda mi vida. ¡Y era esto cuanto yo poseía en el mundo! ¡Un amigo sin lealtad y una mujer sin honra!
- GUST. ¡Agustín!... Ah, si yo no fuera el interesado en el asunto. ¡Cómo sabría convencerte entonces! ¡De rodillas te pediría que te casaras con ella!... Ahora...
- AGUS. Yo la quiero, sabe Dios que la quiero. Pero mi padre no me dejó otro capital que un nombre sin mancha y sin mancha ha de conservar. Me destrozaré el corazón, sí, pero habré cumplido con mi deber. (A Gustavo.) ¿Por qué no cumpliste tú con el tuyo ca-ándote con ella?
- GUST. ¡El deber! ¡El deber! No hay más que un deber en el mundo: Ser fiel á sí mismo; decir la verdad. En todos los peligros, en todos los dolores, decir la verdad. Contra todo, contra todos, siempre la verdad. Si esta mujer te quiere, si tú la quieres, tu deber es proclamar ante el mundo entero: Es mía porque lo es. Por serlo la defiendo. ¡Ay del que la ofenda! (A Clotilde.) ¿Por qué no he de estar yo en su caso para llevarte de mi brazo y obligar á todos á descubrirse cuando pasaras?
- CLOT. Gracias, Gustavo, pero son inútiles tus razones. Aunque él quisiera, ya no querría yo.

- AGUS. Clotilde, adiós... Te adoro con todo mi corazón: no te olvidaré nunca. No fué mi voluntad sino la suerte quien nos separó...
- GUST. (Suplicando.) ¡Agustín!...
- AGUS. No puedo... No puedo... Aunque quisiera no podría... no puedo, no puedo... ¡Qué objeto tendrá ya mi sentencial! (Vase llorando.)

ESCENA VIII

CLOTILDE y GUSTAVO

- CLOT. ¡Ya estarás satisfecho! (Con gran amargura.)
- GUST. ¡Pobre Clotilde! (Acercándose á ella con los brazos abiertos.)
- CLOT. (Rechazándole.) ¡No, contigo no!
- GUST. ¿Seguirás queriéndole?
- CLOT. Siempre.
- GUST. ¿Nunca me perdonarías, verdad?
- CLOT. Nunca... (Pausa.) Adiós, que seas feliz.
- GUST. (Con gran energía.) Procuraré serlo.
- CLOT. (Abatida.) Yo no.
- GUST. Harás mal. (Clotilde sale despacio, llevándose el pañuelo á los ojos pero sin sollozos ni gestos. Un dolor mudo.)

ESCENA MUDA

GUSTAVO se sienta en un banco y oculta la cara entre las manos, Por el foro cruzan la escena RICARDO y MARÍA LUISA charlando y riendo. No advierten la presencia de Gustavo. Este al oír las carcajadas se levanta como si despertase de un sueño. Hace un gran esfuerzo, coge de nuevo el bastón y el sombrero, enciende un pitillo, hace un gesto como de decidirse á seguir afrontando la vida y sale lentamente tarareando el dúo de «Sansón y Dalila»

TELON

Obras de Ricardo J. Catarineu

POESÍA

Versos.

Tres noches, poema.

Flechazos, poesías, con prólogo de Melchor de Palau.

Giraldillas, ídem, con prólogo de Clarín.

Los forzados, ídem, con una portada dibujada por Vicente Cutanda.

TEATRO

Los fiambres, juguete cómico en un acto y en prosa. Teatro Lara, Madrid. (En colaboración).

La romería, zarzuela en un acto y en verso. (En colaboración). Teatro Campoamor, Oviedo.

La huelga de los herreros, traducción en verso, del célebre poema de Coppée, *La grève des forgerons*. Teatro de la Comedia, Madrid.

Venalidad, drama en un acto y en prosa. Teatro de la Princesa, Madrid.

El deber, comedia en dos actos y en prosa. (En colaboración). Teatro de la Comedia, Madrid.

EN PREPARACIÓN

Romeo y Julieta, traducción, en verso. (En colaboración).

Diccionario teatral, por Caramanchel.

Inmoralidad, drama en tres actos. (En colaboración).